

Capítulo 33 - El Buscador Actual - El Último Orellen

- [Capítulo 33 - El Buscador Actual - El Último Orellen](#)

Capítulo 33 - El Buscador Actual - El Último Orellen

Buscador Actual

La nave que llevó a Kalen desde su hogar hacia la vasta extensión del Mar Occidental se llamaba Ester Ivory. Era una embarcación enorme, de tres mástiles, construida con un tipo de madera lisa y pálida con la que Kalen no estaba familiarizado. De color crema, con velas a juego, parecía una aparición en las aguas.

Tenía tres cabinas: una para el capitán, otra para la tripulación y una más para quienes estuvieran dispuestos a pagar una suma considerable por viajar en alojamientos privados. La última era la habitación de Yarda, y por extensión, la de Kalen.

Desde el primer momento, estuvo decidido pero dudoso al verla. Y ahora, después de dos semanas en el viaje, podía decir con certeza que nunca había odiado tanto unas paredes como las de esas:

No era culpa de la compañía. Yarda era demasiado grande para la cabina, pero su ánimo inquebrantable probablemente era lo único que mantenía a Kalen alejado de morder los bordes de su pequeño encierro como un castor furioso.

Tampoco era culpa del capitán, un hombre peculiar pero educado, originario de Tiriswaith, que tenía un hijo en casa de su edad y, por eso, le alegraba tenerlo a bordo. Y la tripulación era buena. La mayoría se ocupaba de sus asuntos y dejaba a Kalen en paz.

Lo que realmente lo estaba enloqueciendo lentamente era el infinito aburrimiento, la incomodidad, el hedor y los inconvenientes de la situación. Se encorvó sobre la estera trenzada que había sido su principal lugar de residencia desde que partieron de Hemarland, aferrando uno de los cristales de sol del cobertizo de los cerdos en la mano, mientras se concentraba en un proyecto para distraerse de... todo.

El mar había estado agitado durante la mayor parte del viaje y, hoy nuevamente, lo estaba. La nave se balanceaba mareador, crujía y gemía. Pensaba que el amanecer se acercaba, pero llovía otra vez. Y el mundo más allá del pequeño domo de vidrio plomado del tragaluz de la cabina permanecía oscuro.

Yarda roncaba en su cama, no peor que lless al menos. Y ambas piernas colgaban del borde del colchón, descansando sobre la pila de equipaje que Kalen había hecho con sus pertenencias.

El mapa de Nanu había quedado atrás, pero todos los libros que llevaba se habían traído desde su habitación en casa. También había dos conjuntos cuidadosamente doblados y envueltos de ropa

nueva, hecha por su madre y su tía. Eran hermosos y estaban cortados pensando en su crecimiento, un poco grandes para que pudiera crecer en ellos.

Se negó a guardarlos en una de las bodegas donde podrían estar expuestos a la humedad o a ratas. Y no pensaba abrirles hasta escapar de esa jaula infernal.

Los necesitaría cuando, y si, lograra encontrarse con Arlade. Al menos, parecerían nuevos, aunque seguramente olieran al linimento repugnante que Yarda se untaba en los pies y tobillos cada mañana.

Estaba hecho de grasa de foca y hierbas, y olía a muerte. En la pequeña habitación, sus piernas rara vez se alejaban a más de un pie del rostro de Kalen, por lo que se había familiarizado demasiado con ese aroma particular de la sustancia.

Kalen sospechaba que el linimento no funcionaba, pero no había dicho nada al respecto.

Los pies y manos de Yarda ya estaban hinchados incluso antes de abordar, y ahora tenían un tamaño verdaderamente alarmante. La piel se estiraba tensa sobre ellos, luciendo extremadamente dolorosos, aunque ella nunca se quejaba. No había sentido, ni punto en detenerse en el problema, cuando no podía ofrecerle nada mejor.

En su lugar, él escribía cartas para ella. Casi una al día. Ninguno de los dos había previsto una correspondencia tan abundante cuando partieron, pero la lluvia los había mantenido atrapados en la cubierta inferior durante casi todo el viaje.

Las cartas de Yarda eran extensas y pensativas. Estaban llenas de consejos sobre jardinería y tareas domésticas para la nueva esposa de su hijo, y ocasionalmente contenían historias acerca de sus aventuras como una de las mejores luchadoras de Hemarland.

Kalen había llegado a comprender en algún momento que los últimos relatos eran principalmente para entretenerlo, pero lo apreciaba y cuidaba especialmente su caligrafía al describir la violencia amistosa que Yarda había infligido a sus oponentes.

Como resultado, Kalen casi se había quedado sin papel en blanco y sin tinta. Y le alegraba que el costo de enviar las cartas corriera a cargo de las monedas de Yarda y no de las suyas propias.

Siempre, la idea de su propia riqueza hacía que sus ojos se dirigieran a su morral, donde se ocultaba demasiado oro.

Kalen había sido sometido a tres noches completas de lecciones básicas de economía con su tío Holv y Lander justo antes de partir.

Le hicieron memorizar y recitar los precios promedio de diversos bienes y servicios esenciales hasta que su tío quedó satisfecho de que entendía el valor del dinero. Incluso practicaron regateo con Lander, lo cual Kalen esperaba fervientemente que no representara las interacciones normales de los comerciantes en el continente, ya que su primo parecía disfrutar muchísimo atormentar y robar a su único cliente.

En aquel entonces, Kalen se preguntó cuán útiles serían esas lecciones cuando no tenía dinero con qué pagar. Casi se desmayó cuando, para celebrar su compra final de una caballa imaginaria, sus padres le entregaron un saco lleno de monedas.

Era el dinero, las monedas acumuladas durante todos esos años de vida, destinadas a entregárselas al Mago Arlade a cambio de su tratamiento para Shelba.

El mago se negó a aceptarlo, y se entendió que la riqueza acumulada sería la herencia de Kalen y Fanna.

"¡Pero no puedes quedártelo todo!", exclamó Kalen con asombro. "¡Es ciento cincuenta galones de hidromiel! ¡Son siete buenos burros! ¡Es una pequeña cabaña de madera en una comunidad agrícola!"

"Espero que no compres ninguna de esas cosas con ello", le aconsejó su padre con una sonrisa melancólica. "Es para mantenerte alimentado, vestido y saludable durante todos los años que dure tu educación."

"Y para pagarte el regreso a casa cuando lo necesites", agregó rápidamente su madre.

"Pero... ¿Y Fanna? ¿Qué pasa si necesitas dinero para algo?"

"Siempre podremos comer Sleepynerth si empezamos a quedarnos sin—¡ah!" La horrible sugerencia de Lander se interrumpió cuando Iless le pisó el pie.

"Sleepynerth es mi cerdo hasta que Kalen vuelva", dijo ella, respirando con las fosas nasales dilatadas y mirando con furia. "Me lo prometió."

"¿De verdad?" Lander lanzó una mirada exasperada a Kalen.

"Sleepynerth protegerá a Iless", afirmó sin vergüenza.

"¡Todos sabemos que quieres decir exactamente lo contrario!"

En la diminuta y olorosa cabina del barco, Kalen se rió recordando aquella escena. Era brillante y cálida, pero se sentía lejana, como si hubiera ocurrido años atrás en lugar de un par de semanas.

Solo tengo que trabajar duro, se prometió a sí mismo. Solo debo esforzarme hasta ser lo suficientemente fuerte, inteligente y seguro para volver a casa.

Por ahora, no podía hacer mucho en cuanto a magia se refería. Los espacios reducidos y los viajes por mar no facilitaban la práctica. De vez en cuando, el barco atravesaba una zona rica en mana atmosférico; había sido cada vez más frecuente últimamente. Pero en ese instante, no había mucho que aprovechar.

No era nada, aunque. Solo lo suficiente para su proyecto actual. Intentaba crear un frasco mágico de grabación, usando las notas que había tomado sobre los que había tenido en casa, junto con

varios materiales que había recopilado del barco.

Si funcionaba, podría enviar su propia voz de regreso a casa. Nanu sin duda se quejaría por las instrucciones detalladas que Kalen le había enviado para activar los frascos, pero ella sería capaz de gestionarlo.

Su madre la fastidiaría hasta que lo hiciera.

El pequeño frasco que usaba antes había contenido una vez tabaco del capitán, y en lugar de una membrana de cuero en la tapa, Kalen había usado un trozo de lona estirada, asegurada con pegamento. Pintó cuidadosamente los caracteres rúnicos adecuados alrededor de los bordes de la lona y del frasco.

La primera y única compra que hizo cuando era un niño adinerado fue un frasquito de la pintura mágica más barata, para sustituir la pintura con la que había trabajado tan generosamente en su último experimento sobre la roca.

Esperaba que esa pequeña cantidad le alcanzara hasta encontrar a su nuevo profesor.

No sé qué haré si ella nunca viene.

Viajaría con Yarda, por supuesto. Nos las arreglaríamos. Pero no podía dejar que meses y meses de su vida pasaran sin entrenamiento ni garantía de que llegaría al Archipiélago preparado.

Dejar los problemas del mañana para mañana.

Era algo que su padre decía a menudo.

Kalen había descubierto que los consejos de sus padres le llegaban con mayor claridad a medida que se alejaba más de casa.

El día siguiente amaneció soleado.

Kalen salió de lleno del armazón y se lanzó al cubierta con alegría. Quería correr, saltar y gritar para celebrar su propia libertad, mientras inhalaba grandes bocanadas de aire fresco del mar.

Pero, como la cubierta siempre estaba ocupada con marineros trabajando que no aprecian esas ocurrencias, se limitó a mantenerse quieto, de pie, cerca del tragaluz que miraba hacia la cabina de pasajeros.

A través del grueso cristal, pudo ver a Yarda aún durmiendo abajo.

La despertaré pronto, pensó.

Estar aquí arriba, a la luz, lejos del olor a grasa de foca podrida, haría que cualquiera se sintiera mejor. Kalen ya consideraba persuadir al capitán Kolto para que le permitiera dormir justo allí, en cubierta, esa noche.

No pasó mucho tiempo hasta que vio emerger al propio capitán en la cubierta. Era delgado, no mucho mayor que el padre de Kalen, y su piel mostraba un fuerte desgaste por una vida al aire libre. Tenía una nariz como pico y ojos de color marrón dorado, y su voz y modales eran mucho más suaves que los de los capitanes que Kalen había conocido antes.

Quizá era cuestión de cultura, pues también el tripulante de Tiriswaith parecía relativamente más tranquilo en comparación con el tío Holv.

Me pregunto si cada lugar del mundo será diferente. Y cómo se supone que todos deben llevarse bien si eso es así.

Kalen observó al capitán Kolto trabajar por un tiempo. Luego, como no tenía mucho más que hacer, se sentó en la cubierta y practicó la técnica de giro que Zevnie le había enseñado. Había pensado que convertirse en mago le haría más útil, pero no fue así. Sin embargo, seguía siendo una buena forma de relajarse y descubrir su propia magia.

Después, apretó los dientes y se concentró en su tarea más difícil del día: contemplar la naturaleza del viento.

Uno pensaría que sería fácil, ya que se supone que es bueno por naturaleza en ello.

Pero no lo era.

Suponiendo que un practicante con afinidad elemental debería aprender cosas importantes sobre dicho elemento, Kalen había intentado con muchas ganas entender qué era el viento, qué hacía y qué significaba. Sin embargo, por más que meditaba sobre el tema, cada definición y explicación que encontraba le parecía forzada y incómoda en comparación con ese momento de profunda... inspiración que había tenido en lo alto de la roca.

Lo que había dicho a su hermanita seguía siendo, en su opinión, la mejor definición. El viento se mueve.

Pero no podía construir todo su futuro como practicante solo con esas tres palabras. ¿Podría? El libro de Leflayn seguía y seguía detallando todas las cualidades del fuego. Una calidez en invierno, un escudo contra la oscuridad, un azote para los lobos, etcétera y más.

Kalen podía hacer lo mismo con el viento. Podría decir que es lo que llena las velas. Podría afirmar que causa tormentas. Incluso, con algo de esfuerzo, imaginarlo de manera más romántica, como algo misterioso que lo impulsa a avanzar a través del tiempo y el espacio hacia el Archipiélago.

Pero todo parece un juego que juego conmigo mismo para pasar el tiempo.

El viento se movía. Si no se movía, ya no era viento.

Todo lo demás era solo poesía forzada y no sabía cómo debía trabajar con eso.

De todos modos, no podía intentar nada en este instante. La declaración de Caris, que decía que no se debería permitir viajar si existía la posibilidad de volcar un barco, siempre rondaba en su mente.

Frustrado, se levantó y se estiró. El sol se sentía delicioso contra la nuca. Al mirar a su alrededor, vio que un entretenimiento muy apropiado estaba a punto de comenzar.

El capitán Kolto había sacado su buscador de corrientes,

Kalen se acercó con entusiasmo a la borda, donde el capitán y algunos hombres estaban maniobrando cuidadosamente un gran barril hacia una abertura en la barandilla. El barril estaba hecho de una madera desconocida para Kalen, de un color plateado y lo suficientemente suave como para rayarlo con una uña sin cuidado. Y el agua en su interior siempre tenía burbujas pequeñas, incluso cuando el residente del barril no hacía nada o reposaba en el fondo.

“¡Ah! ¡Muchacho!” llamó el capitán Kolto. “Ven a verlo. Está listo para volar.”

Nunca había oído hablar de un buscador de corrientes antes de subir a bordo del Ester Ivory, y desde el momento en que vio el de el capitán, quedó fascinado. Era un pez volador dorado, delgado y un poco más corto que el brazo de Kalen.

Según el capitán, solo se podían encontrar en uno de los tres enormes remolinos que llevaban los barcos a su perdición en diferentes lugares del mundo. Cuando eran extraídos de las corrientes, anhelaban volver, y, debido a que eran criaturas con magia propia, tenían métodos misteriosos para buscar la mejor ruta hacia el remolino más cercano.

El capitán Kolto había entrenado a su buscador para que regresara a él cuando tocaba una flauta. En buen clima, usaba ese extraño pez para navegar.

Kalen entendió, por lo que le explicó el primer oficial de la nave, que esto era más un pasatiempo excéntrico que una práctica habitual entre los marineros de su isla. Pero, aunque fuera así, disfrutaba mucho observando cómo funcionaba el buscador de corrientes.

“¿Puedo—?”

“Por supuesto. Prueba a sentirlo antes de que se vaya.”

Incapaz de resistirse a examinar de cerca a un animal mágico, Kalen consiguió obtener permiso para meter sus manos en el barril del buscador de corrientes en cuestión de minutos después de escuchar sobre él. Y ahora, el capitán le dio permiso para hacerlo siempre que el pez estuviera despierto y activo.

Cerrando los ojos, Kalen sumergió sus manos en el barril hasta los codos. El pez, acostumbrado a ser alimentado, rozó sus dedos con entusiasmo. Pero tras unos minutos de frustración, se detuvo.

Kalen respiró lenta y pausadamente, intentando concentrarse. Quería que su mente estuviera en ese lugar extraño, donde podía sentir la hebra invisible que salía de su moneda hacia el continente.

Dado que el buscador de corrientes tenía la capacidad de regresar a su remolino, Kalen se había preguntado si tal vez podría encontrar una hebra similar adherida a él.

Pero solo había logrado alcanzar ese estado mental una vez, al examinar el pez volador, y lo que había sentido no era una hebra propiamente dicha. Era más bien...

Un terrible amasijo de energía hirviendo con una paz profunda en su centro.

Era hermoso.

Kalen deseaba poder verlo de nuevo. Había intentado explicar lo increíble que era al capitán, y Kolto le había escuchado con entusiasmo. Pero él mismo no entendía completamente el funcionamiento de la magia del buscador de corrientes, por lo que no podía ayudar a Kalen a comprenderlo.

A pesar de ello, siempre le alegraba que intentara.

“No,” dijo al final Kalen. “Hoy no puedo sentirlo.”

Sin embargo, podía percibir lo que hacía la magia en el mundo físico. Cuando intentó rápidamente agarrar el buscador de corrientes en el fondo del barril, sus manos fueron desviadas alrededor del animal por algún movimiento ilógico del agua. Como si el agua se agitara de modo perfecto y preciso para que Kalen siempre fallara.

Aparentemente, existían historias acerca de cómo los remolinos mortales eran creación del mar en su intento de retener a los preciosos buscadores de corrientes.

Los marineros se reían mientras Kalen hacía unos cuantos intentos más por agarrar al pez, sus manos resbalando cada vez que intentaba alcanzarlo.

Riendo él mismo, el capitán Kolto finalmente detuvo el experimento. “Kalen, muchacho, tendrás que convertirte en un mago más refinado del que eres ahora si deseas atrapar al amante del océano.”

“Gracias por permitirme intentarlo,” dijo Kalen, todavía mirando al barril donde el pez dorado parecía burlarse de él.

Kolto asintió. Llevó sus labios a su silbato, y el buscador de corrientes saltó en el aire, reluciente al desprenderse del agua de sus cuatro finas aletas y de sus escamas brillantes.

Kalen observó, tan asombrado como la primera vez, mientras el pez surcaba el lado del barco y se adentraba en el mar. Desapareció solo unos segundos, luego saltó, deslizándose con facilidad sobre las aguas oscuras.

A diferencia del pez volador del tío Holv, el buscador de corrientes parecía tener una capacidad significativa para dirigirse en el aire. No movía sus aletas como un pájaro con sus alas, pero podía cambiar de dirección rápidamente, zigzagueando sobre las olas con facilidad durante largos

tramos.

El capitán Kolto nunca permitió que se alejara demasiado del Ester Ivory antes de silbar para que regresara. Cada vez que venía de vuelta, le daba pequeñas ofrendas olorosas a podrido desde una bolsa atada a su cinturón.

“Es increíble,” suspiró Kalen. “Quiero uno.”

El capitán rió. “Ella se alegra de que la aprecies,” dijo, mientras el pez se alejaba de nuevo. “Pero aún no te dejaré atraparla para satisfacer tu curiosidad.”

“¿Habrá otros en Los Gemelos Solitarios?” preguntó Kalen, nombrando su único puerto de escala en este viaje antes de que desembarcaran en el continente. “¿Otros buscadores actuales, me refiero? ¿Tienen un remolino, cierto?”

“Sí, uno formidable cuando sube y baja la marea. Pero no es uno de los grandes tres, por lo que no hay amigos para mi belleza. Aunque la dejo jugar a su antojo cuando hacemos escala allí.”

“¿Puedo verla?”

“Por supuesto,” dijo el capitán. “Los misterios del mundo deberían tener audiencia, ¿no crees?”

“Lo creo,” respondió Kalen.

“Un excelente punto de vista. Muy parecido a un experto. Y no tendrás que esperar mucho. Llegamos a Los Gemelos en tres días.”